

de 7 de febrero de 1792 (tratado de amistad y de alianza defensiva) (1). La cláusula mas importante de los diez artículos públicos de que constaba era la promesa de auxiliarse recíprocamente con 20,000 hombres en el caso de que uno de los dos Estados se viera atacado. La integridad de Polonia, el mantenimiento de «una Constitución libre» (y en su consecuencia no precisamente la de 3 de mayo) estaban garantidos y tácitamente se consentía la ocupación de Ausbach y de Bayreuth. De los dos artículos secretos del tratado el primero se refería á la promesa de llegar á una inteligencia respecto de la Lusacia, que habia de ser devuelta al Austria al extinguirse la casa electoral de Sajonia, bajo la condicion de una notable regularizacion de las fronteras en favor de Prusia; y el segundo disponia que los aliados se prestarían tambien auxilio en el caso de que estallaran desórdenes en el interior de sus territorios. Los Países Bajos austriacos, la Westfalia prusiana y la Frisia oriental quedaron excluidos del tratado. De buena gana hubiera querido el Austria que en él entraran los Países Bajos, y Kaunitz deploró su exclusion en el momento de ratificarlo; pero no puede censurarse á Prusia por no haberse dejado arrastrar á un juego tan desigual. La tendencia de la alianza, y su carácter exclusivamente conservador, que no podia inspirar cuidado á nadie porque no se proponia plan ninguno de conquista ni de engrandecimiento, aparece de manifesto en la siguiente declaracion del emperador, que Kaunitz puso en conocimiento de la corte de Berlin el día 20 de febrero: «Aun cuando la mayoría de las demás potencias, y las principales como Rusia y España, instaran para que se hiciese una contrarrevolucion que variase la Constitucion francesa, Su Majestad imperial cree que no podria ni deberia tomar parte en tales planes, tanto menos, cuanto que no está convencido de su eficacia ni de su legitimidad, ni de la posibilidad de sostenerlos.» El emperador, decia además Kaunitz, encuentra muy conveniente el aumento de las fuerzas, de 40,000 á 50,000 hombres, pedido por Prusia; y en cuanto al envío de 6,000 hombres al territorio de Cléveris, ó por lo menos al de Ausbach, número que corresponde al de los refuerzos enviados á las comarcas del Austria anterior, el emperador lo consiente tambien «para hacer mas patente la unidad de voluntades, de intenciones y de medidas que existe entre ambas cortes.» Kaunitz terminaba el despacho diciendo: «De esta suerte, pueden considerarse de acuerdo Vuestras Majestades imperial y real en los puntos mas capitales y en cuanto á los pormenores no dejaremos de llegar á la mas cordial inteligencia con la persona de confianza cuya próxima llegada esperamos.» Así, el que hasta entonces habia sido enemigo irreconciliable de cuanto á Prusia de cerca ó de lejos se referia, habia aceptado con entusiasmo la alianza prusiana, cambio de opinion que se debió á la Revolucion francesa, al ardiente deseo de paz que sentia Leopoldo y al profundo conocimiento que este emperador tenia de los verdaderos intereses de su Imperio.

El emperador, entre tanto, contestó al gobierno francés dándole las explicaciones necesarias sobre el real decreto de 14 de diciembre, en el cual habia prometido defender los derechos del elector de Tréveris en el caso de que se vieran atacados, á cuyo efecto habia transmitido las órdenes oportunas al general Bender. Mas adelante se dijo que el elector se habia declarado pronto á seguir respecto de los emigrados la misma conducta que se habia adoptado en los Países Bajos y que el emperador le habia recordado por medio de un

(1) El proyecto procedía de la cancillería de Estado de Viena y estaba redactado por el modelo del tratado de Versalles de 1756. Ranke, *Guerras de la Revolución*.

embajador especial el cumplimiento de su promesa; por lo demás, Francia no podia ver un peligro en los 4,000 hombres que se encontraban reunidos en Tréveris. Sobre esto, Kaunitz habia manifestado con la mayor moderacion al ministro de Tréveris (6 de febrero) lo siguiente: «En el caso de que por no haber seguido las órdenes comunicadas, se produjeran, en los territorios de Tréveris ó en cualesquiera otros del Imperio, por instigaciones de ese electorado, escenas desagradables, S. M. no moverá un solo dedo ni pondrá en movimiento un solo hombre.» De esta suerte, quedó zanjada la cuestion de los emigrados y fueron vanos los esfuerzos de los príncipes franceses para conseguir su objeto por el medio indirecto de Rusia ó de España. Sin embargo, la Gironda, amante de la lucha, no se mostró satisfecha y despues de un largo prelude parlamentario presentó la siguiente proposicion: «El emperador que con el tratado celebrado con Prusia en 25 de julio y con sus notas de 12 de noviembre y 21 de diciembre ha violado la alianza de 1756, deberá contestar antes de 1.º de marzo si quiere continuar viviendo en paz con Francia y renunciar á toda alianza contraria á la independencia de la nacion francesa, teniendo entendido que la no contestacion ó una contestacion poco satisfactoria será considerada como una declaracion de guerra.» La nota que en respuesta envió Kaunitz, en 17 de febrero, al plenipotenciario austriaco en Paris, señor de Blumendorf, fué digna y seria, pero dejaba concebir la esperanza de seguir viviendo en paz con Francia. En ella, se justificaban las órdenes comunicadas al general Bender y la necesidad de un concierto europeo en tanto que el rey aliado de Leopoldo estuviese amenazado por una fraccion republicana y que Francia y las naciones vecinas estuviesen amenazadas por la anarquía popular, el mayor de los males que pueden afligir á una gran potencia. El emperador creia que mostrándose tranquilo y circunspecto hácia los franceses alejaría á estos de la guerra y así escribia, en 24 de febrero, á su hermana María Cristina: «Se cree que los franceses nos declararán la guerra, pero despues de mis últimas y decisivas manifestaciones, tengo para mí que renunciarán á tal idea.» Sus esperanzas se cifraban en el desacuerdo y el descontento que entre las clases reinaban y en la eficacia de la inevitable bancarota, sin sospechar hasta dónde pueden llegar las violencias cuando están rotos los últimos frenos de la moralidad. Federico Guillermo, por el contrario, estaba convencido de la imposibilidad de mantener la paz; las últimas noticias recibidas de Paris habian persuadido á los emigrados establecidos en Berlin de que el partido republicano se habia apoderado de la direccion de los negocios y queria la guerra á toda costa. Los emigrados se regocijaban al ver conseguidos sus deseos de que no se pactara con la Revolucion. El rey de Prusia, mejor informado que el emperador de las intenciones que la zarina abrigaba respecto de Polonia, comprendió la necesidad de hacer todos los preparativos para una guerra, y Bischoffswerder fué el encargado de arreglar el asunto en Viena con el emperador (1). En 28 de febrero, llegó el general á la capital austriaca y al dia siguiente Leopoldo se vió repentinamente atacado de una enfermedad, y falleció á las 3 de la tarde del día 1.º de marzo, no á consecuencia de las viruelas ni del veneno, como se quiso deducir de la corta duracion de la enfermedad y de los síntomas que presentó, sino á consecuencia de un resfriado que originó un violento espasmo con fiebre reumática, de los que frecuentemente habia sufrido el emperador. Segun refiere el embajador

(2) La instruccion á Bischoffswerder se encuentra en Ranke, *Guerras de la Revolución*, Anales 4. No exponemos las negociaciones y la acogida que á Bischoffswerder se dispuso en Viena, porque quien dió los pasos decisivos fué el sucesor de Leopoldo II.

sajon, conde de Schönfeld, cuyo médico tomó parte en la consulta que se tuvo, el resfriado provino de un paseo que á caballo dió Leopoldo á Schönbrunn en compañía del príncipe Carlos Lichtenstein. Allí recorrió todas las habitaciones dando órdenes para las instalaciones de verano, y de regreso á la ciudad, á donde llegó en extremo fatigado, permaneció largo rato en su cuarto con la ventana abierta. El boletín del médico de cabecera, Langusins, consigna fiebre reumática «con ataque al pecho» y hace mencion del vómito que tuvo antes de morir. El emperador murió asistido por su es-



Juan Bautista Alxinger

posa, cuya muerte ocurrió diez semanas despues, es decir en 15 de mayo. En 1.º de marzo, el archiduque Francisco anunció á las cortes extranjeras su elevacion al trono como rey de Hungría y de Bohemia.

IV.—JUICIOS CRÍTICOS SOBRE LEOPOLDO.—CULTURA Y VIDA SOCIAL

Opiniones de los principales contemporáneos sobre Leopoldo.—El Austria frente de la Revolucion francesa.—Literatura.—Blumener y Almanaque de las Musas de Viena.—El teatro de la ciudad.—Música: Mozart, Haydn.—Viena: vida social.

Si se tienen en cuenta la situacion en que se hallaba entonces la Europa y la influencia que en ella ejercia el emperador, se comprenderá de cuánta trascendencia fué su repentina é inesperada muerte. Con él desaparecia el príncipe cuyo talento estaba muy por encima del de los demás príncipes europeos; un hombre que conocia á fondo los asuntos políticos y que tenia gran experiencia de ellos, hombre que procuraba cumplir formal y tranquilamente sus deberes de monarca, que no se dejaba llevar de las pasiones y que preferia conservar con todo el orden interior posible la herencia que sus mayores le habian dejado, á aumentarla por medio de atrevidas empresas. Leopoldo, durante su corto reinado, supo granjearse el respeto y la confianza de las potencias europeas y estaba indudablemente llamado á ser el jefe del movimiento contra Francia. No queremos hacer todas las conjeturas políticas ni exponer todas las probabilidades que podrian deducirse para el caso de que el reinado de Leopoldo hubiese sido de mayor duracion; sin embargo, séanos

permitido hacer una pregunta: ¿qué éxitos no se hubieran conseguido á haberse mantenido la inteligencia entre Austria y Prusia, que era la creacion mas importante de Leopoldo? Leopoldo era el hombre á propósito para contar con la amistad de Prusia y para llevar á cabo sin violencia la division de aquel reino podrido enclavado entre las dos potencias alemanas, porque era un verdadero político que sabia distinguir perfectamente lo accesible de lo inaccesible, lo apreciable de lo despreciable. Tambien hubiera sido de gran trascendencia para el ulterior desenvolvimiento de los sucesos en Europa la circunstancia de que Leopoldo, adversario de la reaccion en Francia, despreciaba á los aventureros emigrados, y era partidario del progreso político, en cuanto este se fundara en lo existente y procediera sin aniquilar ni violentar las instituciones y fuerzas sanas. Nada hay tan ridículo como la afirmacion de que Leopoldo fué el alma de la reaccion contra las ideas de la Revolucion francesa: pocos príncipes se sentaban en los tronos de Europa que fuesen tan partidarios y amigos de aquel movimiento siempre que tuviera por objeto dar al Estado una forma correctamente constitucional. Esto no obstante, ya se comprenderá que no habia de aprobar las violencias, brutalidades y anarquía en que degeneraron aquellas declamaciones de libertad. Lo que para el Austria significó Leopoldo creemos haberlo demostrado: él fué quien restauró, es decir, quien la salvó de la decadencia en que indudablemente se hubiera visto precipitada á haberse proseguido en la senda de tentativas centralizadoras abierta por José. Estudiando por analogía su actividad en Toscana, puede deducirse que Leopoldo no se hubiera detenido en el punto en que se detuvo si se le hubiese ofrecido ocasion propicia de introducir reformas administrativas aprovechando los factores constitucionales. Hoy que no faltan pretextos para empresas análogas, puede decirse que Leopoldo conocia á fondo las cualidades de su país y las condiciones bajo las cuales los distintos grupos de que constaba podian unirse en una vida orgánica que sin ser la que correspondia á un Estado completamente desarrollado podia llenar en cierto modo su mision.

Los contemporáneos del emperador le han juzgado de muy diversa manera, siendo los austriacos los que menos le han conocido y los que mas le han censurado. Uno de los hombres de Estado mas eruditos y de mas talento de aquella época, el presidente del Tribunal supremo de Cuentas y despues ministro, el conde Carlos Zinzendorf, hace en sus «Confesiones» las siguientes observaciones sobre él: «A la posteridad incumbe juzgar el modo de pensar y el proceder de Leopoldo II: los hechos están demasiado cerca de nosotros para que podamos formular un juicio crítico exacto sobre él. Era un príncipe bueno, humano, bondadoso, que no carecia de talento ni de penetracion, pero era al propio tiempo pusilánime, débil, enemigo del trabajo, desconfiado y tímido. En Toscana gobernó conforme á principios excelentes, y á haber sido el inmediato sucesor de María Teresa, quizás hubiera implantado en Austria el sistema seguido en Toscana y hubiera seguido, con la sangre fria de un anciano, los buenos principios de su hermano, pero guardándose de atentar, como habia atentado José, al derecho de propiedad y de sacrificar la agricultura á los pequeños ensayos industriales de la capital. El desórden y la indignacion que produjeron las reformas de su impaciente hermano, conmovieron el ya de por sí tímido carácter de Leopoldo II, de suerte que antes de llegar á Viena ya comenzó á dudar de los principios administrativos que hasta entonces habia seguido. Comenzó por prometer todo cuanto le pidieron y se creyó obligado á destruir todo lo que su antecesor habia creado, disgregando todo lo que este habia unido y multiplicando las corporacio-

nes consultivas y los gobiernos provinciales. Consecuencia de su falta de energía fué que dejara á su muerte por herencia la guerra contra Francia. Así como Rusia había dominado á su aliado José, Leopoldo se entregó al rey de Prusia, único autor de la vergonzosa paz de Sistowa. Los dos mediadores Spielmann y Bischoffswerder estuvieron completamente de acuerdo. A pesar de su bondad y de su afable carácter, Leopoldo II no fué muy llorado: su inesperada muerte no causó sensación alguna en el pueblo.» Así se ex-

presa el cortesano austriaco, cuyo juicio crítico puede aun ser considerado como una perla comparándolo con el de otros compañeros de clase. Para comprender esta crítica mas que acerba del emperador hay que tener en cuenta que Zinzendorf se creía humillado por Leopoldo, por haber éste confiado el cargo de presidente de la Cámara áulica, que él ambicionaba, al conde Rodulfo Chotek, su adversario. Oigamos ahora la opinion que el embajador prusiano Jacobi expresa acerca del emperador, opinion no manifestada como necró-



José Haydn, (copia de un retrato grabado por J. Ern. Mansfeld (1738-1796))

logo inofensivo é inspirado en el cristiano amor al prójimo, sino como apéndice de una Memoria oficial que tenia por objeto facilitar algunos informes á la corte de Berlin (1).

«Sabido es que el emperador, durante su gobierno en Toscana, dedicó constantemente sus esfuerzos á uniformar la existencia de los distintos estados y clases en que se agrupaban sus súbditos, á disminuir los privilegios y los bienes de la nobleza y del clero y á aumentar el comercio interior y exterior. En la monarquía austriaca y al comenzar el reinado de Leopoldo, los Estados de casi todas las provincias y el clero creyeron llegado el momento de reconquistar sus prerogativas y sus privilegios. Algunas reclamaciones de la nobleza fueron atendidas y restablecidas varias prelacías. Por lo demás, dado al amor que á la justicia profesa el

(1) Herrmann, tomo del suplemento.

emperador, no es posible que quiera lesionar los derechos de nadie, sea quien fuere, pero es indudable que los principios que en punto á filosofía y á economía política sustentan le hacen incurrir en muchas usurpaciones de esos mismos derechos. Las negociaciones y discusiones secretas que tienen por objeto satisfacer de una manera equitativa los deseos manifestados por los labradores de la Estiria; los trabajos á que se dedica el emperador para conseguir que los impuestos pesen por igual sobre todas las provincias; en una palabra, la manera como procura introducir las reformas que considera útiles, demuestran por una parte la fijeza de sus principios y por otra su gran penetración. Leopoldo sabe apreciar demasiado bien el espíritu popular y los principios contagiosos que en los pueblos dominan para entretenerse en temporizaciones. Una persona que goza de la confianza del emperador me ha dicho que Su Majestad imperial no está

bien decidido acerca del momento oportuno para tomar la iniciativa ni acerca de si debe prevenir la explosion de descontento en sus Estados suprimiendo desde luego las cargas que sobre el tercer estado pesan ó si es mas conveniente esperar para ello mejores tiempos. Si tomamos en cuenta la senda que siguió en todos los asuntos como gran duque de Toscana, nos convenceremos de que la lentitud y la aparente debilidad que revelan las primeras disposiciones que tomó al hacerse cargo de la monarquía austriaca, son consecuencia mas bien de una madura reflexion que del apasionamiento ó de la falta de fijeza en sus principios. En efecto, todas las decisiones adoptadas por el emperador de algun tiempo á esta parte demuestran que el principal objetivo que se propuso al empuñar las riendas del gobierno fué conocer á fondo la parte interna de su nueva monarquía y convencerse de la capacidad y buena voluntad de los ministros á quienes habia encargado la realizacion de sus planes.» Lo que mas chocó en Leopoldo, á su elevacion al trono, fué su predileccion por la libertad de comercio y su repulsion hácia todo lo militar. A las quejas de los fabricantes nacionales que se lamentaban de los perjuicios que les causaba la supresion de los derechos prohibitivos y del sello que debía fijarse en los productos extranjeros y que declaraban se verian obligados á suspender sus trabajos, contestó diciendo que los perjuicios sufridos por algunos individuos no habian de ser tenidos en consideracion cuando toda una monarquía se veia puesta á contribucion por la mala calidad de los productos nacionales. Pocos meses antes de morir, instituyó una comision militar con encargo de reformar fundamentalmente el sistema de organizacion del mariscal Lacy que el emperador consideraba demasiado costoso y pesado.

Entre las clases populares, la probidad mostrada por Leopoldo en la administracion de los bienes del Estado, habia causado la mejor impresion; alabábase la distincion por él establecida entre rentas privadas y rentas del Estado y se citaban muchos ejemplos de la severidad con que vigilaba la aplicacion del producto de los bienes nacionales. Cuando le propusieron que para atender á los festejos que se iban á celebrar con motivo de la visita de la corte siciliana decretara un pequeño impuesto, contestó: «Mi esposa tiene todavía algunos millones en joyas (1).» La vida de familia del emperador, padre de una numerosa descendencia (doce archiduques y cuatro archiduquesas), á pesar de las buenas relaciones en que estaba con su esposa, fué objeto de la maledicencia. Decíase que la bondad de María Luisa habia llegado hasta el extremo de tratarse la emperatriz íntimamente con algunas queridas de su esposo y se atribuía su muerte á «excesos erótico-rosacrúzicos», es decir eróticos cometidos en las reuniones masónicas de los hermanos de la Rosa-Cruz. Nada mas léjos de nuestro ánimo que pretender ceñir á las sienes de Leopoldo la corona de una virtud ejemplar, que él tampoco pretendió conquistar, pero bueno es hacer constar que en ninguna de las obras históricas formales que hemos examinado se trata el capítulo de las aventuras galantes del emperador, ni se dice nada de donde pueda deducirse que su conducta como monarca estuviera influida en lo mas pequeño por relaciones privadas de tal índole (2).

(1) *Grazer Merkur*, 6 de marzo de 1792.

(2) Casi es inútil decir que Behse, escritor de crónica escandalosa harto leído por desgracia, ha coleccionado todas las mentiras que acerca de Leopoldo se han propalado. Él es quien refiere que en los últimos años de su vida el emperador habia perdido por completo la memoria de tal manera que apenas recordaba los sucesos de un día para otro y que Bischoffswerder debía la influencia que sobre Federico Guillermo II y Leopoldo ejercía á la habilidad con que preparaba los estimulantes, etc.

El Austria, tal como la dejó Leopoldo II al ocurrir su prematura muerte, era muy distinta de la que habian dejado Leopoldo I y Carlos VI. Por mas que se hubiese atendido de un modo muy limitado y con mucha parsimonia á los derechos civiles y políticos de la mayoría de los habitantes, por muchos vacíos que dejase la legislación, es innegable que se consiguió un gran progreso en la cultura, progreso que se debió indudablemente al gobierno, á la iniciativa inmediata de tres monarcas que, discordes en opiniones y deseos, estaban completamente de acuerdo cuando se trataba de sacrificarse en pro del pueblo. La idea de fundar un gran Estado con un poder central único que cuidara del modo debido de todos los pueblos y provincias, procurando pagar lo mas posible la civilizacion é introducir las mas sabias instituciones, habia sido considerada como imposible de armonizar con la realidad de los hechos. La aproximacion de las distintas porciones del territorio habia hecho muy lentos progresos y no podia pasar de límites que se tenian por intraspasables. Es evidente que la aglomeracion de los pueblos que los Habsburgos habian reunido bajo su cetro podia ser juzgada de muy diversa manera en punto á la verdadera apreciacion de la libertad y demás bienes morales. Los alemanes, cuya situacion como representantes de la civilizacion era entonces apenas disputada, habian dado en su desenvolvimiento violentos saltos, con los cuales procuraban recuperar lo que habian perdido durante la dominacion de los jesuitas. José II no habia reinado en vano; la influencia moral que su conducta como emperador y como gobernante habia ejercido habia sido eficaz y duradera. La conciencia de la igualdad de derechos se imponía á todos y daba á todos valor y confianza en sí mismos. El reconocimiento de los deberes del monarca respecto del pueblo, preparado eficazmente por María Teresa, solemnemente proclamado por José y elevado por Leopoldo á principio fundamental de su gobierno, realzó la situacion de los súbditos, les constituyó en potencia frente á frente de la del gobierno y robusteció el sentimiento del deber, desde el momento en que se reconocian sus derechos. En todas las esferas de la vida material é intelectual se observa el principio de un movimiento débil, pero constante. La poblacion se habia aumentado; Bohemia que, despues de la guerra de treinta años solo contaba 800,000 habitantes, habia visto aumentarse esta cifra hasta 2,718,400 que tenia en 1777.

En el Austria interior, la persecucion de los protestantes, que aun durante el reinado de María Teresa se habian visto obligados á emigrar por completo de los Estados austriacos, ó á transmigrar por lo menos á Transilvania, habia sido causa de que la poblacion disminuyera; pero en tiempo de Leopoldo aparece su total aumentado. Las ciudades que mayor incremento de poblacion tuvieron fueron Brünn, que en 1667 contaba 4,000 habitantes y en 1797 tenia 23,191; Linz y Gratz cuya poblacion se aumentó en un ciento por ciento. Con ó sin el auxilio del gobierno, el caso es que desde 1770 á 1792 se verificó un gran movimiento ascendente en la clase de labradores y en la burguesía. Sin libertad política y sin una nueva organizacion del trabajo, se despertaron en la burguesía millares de fuerzas que estaban aletargadas. El número de productores, trabajadores y consumidores tambien se aumentó así como el capital fijo y el flotante, y la industria y el comercio recibieron gran impulso. La manufactura se elevó á la categoría de gran industria y hasta la pequeña burguesía y las industrias rurales sintieron la benéfica influencia de la nueva actividad gubernativa. El bienestar creció, el número de mendigos y de vagos disminuyó y la vida se hizo mas llevadera á los pobres. Para fomentar la industria, las esferas gubernamentales apelaron